

CAPITULO XXIII.

De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envia, asi particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.

Doctrina es comun de los Santos, que suele Dios nuestro Señor enviarnos estos trabajos y castigos generales comunmente por pecados cometidos, como consta de la Sagrada Escritura, que está llena de esto: "Enviástenos, dice en una parte, todas estas cosas por nuestros pecados: pecamos, ciertamente, mal hicimos; no guardamos vuestros mandamientos; luego todo lo que nos enviaste y todo lo que has hecho, Señor, con nosotros, justa y santamente lo hiciste (1)." Y asi vemos que castigaba Dios á su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendia, y le libraba cuando arrepentido de sus pecados hacia penitencia y se volvía á él. Y por esto Aquior, capitan de los hijos de Amon, habiendo declarado á Olofernes cómo Dios tenia proteccion del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo (2), que antes de acometerle procurase saber si á la sazón habia ofendido á Dios, porque si esto era, podia tener por cierta la victoria; y si no, que dejase aquella empresa porque no le iria bien, ni sacaria mas de ella que vituperio y confusion; porque Dios pelearia por su pueblo, contra el cual ninguno podria prevalecer. Y notan esto particularmente los Santos sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio á aquel enfermo de treinta y ocho años, que estaba junto á la Probática Piscina, despues que le sanó: "Ya has sido sanado; ahora guárdate de pecar de aqui adelante, porque no te acontez-

(1) Induxisti omnia haec propter peccata nostra, peccavimus enim, et inique egimus, et praecepta tua non audivimus..... omnia ergo, quae induxisti super nos, et universa, quae fecisti nobis, in vero iudicio fecisti. Dan III, 28, et sequentibus.  
(2) Judith, V, 3.

ca otra cosa peor (1)." Pues conforme á esto, uno de los medios que nos ayudará mucho en las calamidades y trabajos, asi generales como particulares, para conformarnos con la voluntad de Dios y llevarlos con mucha paciencia, será entrar luego dentro de nosotros, y considerar nuestros pecados y cuán merecido tenemos aquel castigo, porque de esa manera cualquiera cosa adversa que se ofrezca la llevaremos bien y la juzgaremos por menor de lo que habia de ser conforme á nuestras culpas.

San Bernardo y San Gregorio tratan muy bien este punto. Dice San Bernardo: "Si la culpa se siente interiormente, como se ha de sentir, poco ó nada sentirá uno la pena exterior, como el santo rey David no sentia las maldiciones que le echaba Semeí, viendo la guerra que le hacia su propio hijo (2)." "Estáme persiguiendo mi propio hijo, decia David (3), ¿qué mucho que un extraño haga eso?" San Gregorio, sobre aquello de Job: "Y entenderias que mucho menos te pide que lo que merece tu pecado (4)," declara esto con una buena comparacion. Asi como cuando el enfermo siente la apostema enconada, ó la carne podrida, se pone de buena gana en las manos del cirujano para que abra y corte por donde le pareciere; y cuanto mas enconada y podrida está la llaga, tanto de mejor gana sufre el hierro y el boton de fuego: asi cuando uno siente de veras la llaga y enfermedad que el pecado ha causado en su alma, de buena gana recibe el cauterio del trabajo y de la

(1) Ecce sanus factus es, jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. Joann. V, 14.  
(2) Culpa vero ipsa si intus sentitur perfecte, utique exterior poena parum aut nihil sentitur. Sicut sanctus David, non sentit injuriam servi conviciantis, memor filii persequentis. Bern. serm. de allit. et bassit. cordis.  
(3) Ecce filius meus, qui egressus est de utero meo, quaerit animam meam, quanto magis nunc filius Jemini? II. Reg. XVI, 12.  
(4) Et intelligeres quod multo minora exigaris ab eo, quam meretur iniquitas tua. Job. XI, 6.

mortificacion y humillacion con que Dios quiere curar esa llaga y sacar la materia y lo podrido de ella. "Téplase, dice (1), el dolor del azote, cuando se conoce la culpa." Y si vos no tomáis de buena gana la mortificacion y trabajo que se os ofrece, es porque no conocéis la enfermedad de vuestras culpas: no sentís lo podrido que teneis, y asi no podeis sufrir el cauterio y la navaja.

Los varones Santos y los verdaderos siervos de Dios no solo recibian esto de buena gana, sino lo deseaban y pedian muy de veras á Dios. Y asi decia el Santo Job: "¿Quién me dará que se me conceda lo que pido: y que el que empezó, me acabe, suelte su mano, y me corte; y que tenga yo este consuelo, que afligiéndome, no perdona, por el dolor que siento (2)!" Y el Profeta David: "Pruébame, Señor, y haz experiencia de mi; porque yo preparado estoy para el azote: cosa muy buena es á mí, el que me hayas humillado (3)." De tal manera desean los siervos de Dios que su Magestad los castigue y humille aqui en esta vida, dice San Gregorio (4), que antes se desconsuelan, cuando por una parte consideran sus culpas, y por otra ven que no los ha Dios castigado por ellas: porque sospechan y temen no sea que les quiera diferir el castigo para la otra vida donde será con rigor. Y eso es lo que añade Job: "Tengo este consuelo, que afligiéndome, no perdona, por el dolor (5)." Como si dijera: "porque á algunos perdona Dios en esta vida para castigarlos despues para siempre en la

(1) Dolor quippe flagelli temperatur, cum culpa cognoscitur. Greg. lib. 10. Mor. cap. 8.  
(2) Quis det, ut veniat petitio mea, et qui caepit, ipse me conterat; solvat manum suam, et succidat me, et haec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat? Job. VI, 8.  
(3) Proba me Domine, et tenta me. Quoniam ego in flagella paratus sum. Bonum mihi quia humiliasti me. Ps. XXV, 2.—Ps. XXXVII, 18.—Ps. CXVIII, 71.  
(4) Greg., lib. 7. Mor. cap. 7 et 8.  
(5) Et haec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat. Job. loc. cit.

otra, no me perdone á mí de esta manera en esta vida para que despues para siempre me perdone: castigame aqui Dios como Padre piadoso para que no me castigue despues para siempre como Juez rigoroso; que no murmuraré, ni me quejaré de sus azotes (1), antes ese será mi consuelo." Esto es tambien lo que decia San Agustin: "Señor, quemad y cortad aqui, y no me perdoneis nada en esta vida, para que me perdoneis para siempre (2)."

Es ignorancia y ceguedad nuestra el sentir tanto los trabajos corporales y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos, cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos pareceria pequeño, y diríamos aquello de Job, que habiamos de traer siempre en el corazon y decirlo muchas veces con la boca: "Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido á vuestra Divina Magestad, y no me habeis castigado como yo merecia (3);" que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparacion de lo que merece un solo pecado (4). Quien considerar que ha ofendido á Dios, y que merecia estar en los infiernos para siempre jamás: ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfaccion de las ofensas que ha cometido contra la Magestad de Dios? Decia David, cuando le maldecia y deshonraba Semeí: "Dejadle, maldigame, deshónreme, llóneme de injurias y de oprobios, que por ventura se contentará el Señor y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados, y habrá misericordia de mí y

(1) Nec contradicam sermonibus Sancti. Job. VI, 10.  
(2) Hic ure, hic seca, hic nihil mihi parcas, ut in aeternum parcas. Aug.  
(3) Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus non recepi. Job. XXXIII, 27.  
(4) Intelligeres quod multo minora exigaris ab eo quam meretur iniquitas tua. Job. XI, 6.

será gran dicha mia (1).” De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buen hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso en descuento y satisfaccion de nuestros pecados, y sería esa gran dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos, lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradaríamos mas á Dios y nos remediáramos mejor.

Ayudábanse los Santos tanto de este medio en semejantes ocasiones, y tenían tanto ejercicio de esto, que leemos de algunos de ellos, como de Santa Catalina de Sena y otros, que los trabajos y azotes que enviaba Dios á la Iglesia, los atribuían á sus pecados y defectos, y decían: «yo soy causa de estas guerras: mis pecados son causa de esta peste y de estos trabajos que Dios envia;» pareciéndoles que sus pecados merecian eso y mas. Y añádese en confirmacion de esto, que muchas veces por el pecado de uno castiga Dios á todo el pueblo, como por el pecado de David envió Dios pestilencia en todo el pueblo de Israel, y dice la Escritura (2) que murieron setenta mil hombres en tres dias. Pero direis: «era rey, y por los pecados de la cabeza castiga Dios el pueblo.» Por el pecado de Acan (3), un hombre particular, que habia hurtado en Jericó ciertas cosillas, castigó Dios á todo el pueblo, en que tres mil soldados de los mas valerosos del campo volvieron las espaldas al enemigo, siendo por él forzados á huir. No solo por el pecado de la cabeza, sino tambien por el pecado de un particular suele Dios castigar á otros. Y de esta manera declaran los San-

(1) Si forte respiciat Dominus afflictionem meam, et reddat mihi Dominus bonum pro maledictione hac hodierna. II. Reg. XVI, 12.  
(2) II. Reg. XXIV, 15.  
(3) Josue VII, 4; V. et 41.

tos aquello que la Escritura Sagrada tantas veces repite, que castiga Dios los pecados de los padres en los hijos, hasta tercera y cuarta generacion. La culpa del padre, esa, dice (1), que no se traspasará en el hijo, ni la del hijo en el padre; pero cuanto á la pena, suele Dios castigar á unos por los pecados de otros; y así, por ventura, por mis pecados y por los vuestros castigará Dios á toda la casa y á toda la Religion.

Pues traigamos delante de los ojos, por una parte esta consideracion, y por otra el beneplácito de Dios, y así fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que nos enviare, y diremos con el sacerdote Helí (2) y con aquellos santos Macabeos (3): «Él es Señor, dueño y gobernador de todo; como á él pluguiere y como él lo ordenare, así se haga.» Y con el Profeta David: «No me quejé, Señor, de los trabajos que me habeis enviado; antes, como si fuera mudo, he callado y llevádoles con mucha paciencia y conformidad, porque sé, Señor, que vos los enviáis (4).» Este ha de ser siempre nuestro consuelo en todas las cosas: Dios lo quiere, Dios lo hace, Dios lo manda, Dios es el que lo envia, venga en hora buena. No es menester otra razon para llevar todas las cosas muy bien.

Sobre aquellas palabras del Salmo XXVIII, «amado del mismo modo que el hijo del unicornio (5),» notan los Santos que se compara Dios al unicornio; porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que vé

(1) Anima, quae peccaverit, ipsa morietur; filius non portabit iniquitatem patris, et pater non portabit iniquitatem filii. Exod. XX, 5, et XXXIV, 7.— Numer. XIV, 18.— Ezech. XVIII, 20.  
(2) Dominus est, quod bonum est in oculis suis faciat. I. Reg. 18.  
(3) Sicut fuerit voluntas in coelo sic fiat. I. Mach. III, 60.  
(4) Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti. Ps. XXXVIII, 10.  
(5) Et dilectus quemadmodum filius unicornium. Ps. XXVIII, 6.

muy bien donde hiere, no como el toro que los tiene encima y no vé donde dá; y mas: el unicornio, con el cuerno que hiere, sana; así Dios, con lo que hiere sana.

Agradále tanto á Dios esta conformidad y humilde sumision al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. En las Historias Eclesiásticas se cuenta de Atila, rey de los hunos, que arruinó tantas provincias y se llamó: *Espanto del mundo y azote de Dios* (1), que acercándose á la ciudad de Troya de Champaña, en Francia, le salió á recibir San Lupo, obispo de ella, vestido de pontifical con todo su clero y le dijo: «¿Quién eres tú que turbas la tierra y la destruyes?» Respondió él: «Yo soy el azote de Dios.» Entonces el santo obispo le mandó abrir las puertas, diciendo: «Sea muy bien venido el azote de Dios;» y entrando los soldados en la ciudad, los cegó el Señor de manera que pasaron por ella sin hacer daño alguno; porque aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que lo recibian como azote suyo con tanta sumision.



CAPITULO XXIV.

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oracion, y qué entendemos aquí por el nombre de sequedad y desconsuelos.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en las cosas exteriores, naturales y humanas, sino tambien en lo que á muchos les parece que es santidad desear mas y mas, que es en los bienes espirituales y sobrenaturales, como en las consolaciones divinas, en las mismas virtudes, en el mismo don de oracion, en la paz y sosiego y quietud interior de

(1) Metus orbis, et flagellum Dei. *Nauclerus*, 2 volumine.

nuestra alma, y en las demas ventajas espirituales. Pero preguntará alguno: ¿puede haber en esas cosas propia voluntad y amor desordenado de sí mismo para que sea menester moderarle aun en estas cosas? Digo que sí, y ahí se verá cuánta es la malicia del amor propio; pues en cosas tan buenas no teme entremeter su maldad. Buenas son las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra; que es el cebo y nutrimento de los vicios, y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios, conforme á aquello del Profeta: «Corria yo é iba muy ligero por el camino de vuestros mandamientos, cuando Vos, Señor, dilatábades mi corazon (1).» Con la alegría y consolacion espiritual se dilata y ensancha el corazon, así como con la tristeza se aprieta y estrecha: pues dice el Profeta David que, cuando Dios le enviaba consuelos, le eran unas como alas que le hacian correr y volar por el camino de la virtud y de los mandamientos de Dios. Ayudan tambien mucho las consolaciones espirituales para quebrantar uno su voluntad y vencer sus apetitos, y mortificar su carne, y llevar con mayores fuerzas la cruz y los trabajos que se ofrecen. Y así suele Dios enviar consuelos y regalos á quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciba y disponga para llevarlos bien y con provecho; como vemos que Cristo nuestro Redentor quiso consolar á sus discipulos en el monte Tabor con su gloriosa transfiguracion para que despues no se turbasen viéndole padecer y morir en una cruz; y así vemos tambien que á los que comienzan suele Dios dar muy ordinariamente estos consuelos espirituales, para hacerles con eficacia dejar los gustos de la tierra por

(1) Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum. Ps. CXVIII, 32.

los del cielo; y despues que los tiene presos con su amor, y vé que han echado firmes raices de virtudes, suele exercitarlos con sequedades para que ganen mas virtud de humildad y paciencia, y merezcan mas aumento de gracia y de gloria, sirviendo á Dios puramente sin consuelos. Esta es la causa porque algunos al principio cuando entraron en la Religion, y aun por ventura allá fuera, cuando andaban con esos deseos, sentian mas consuelos y gustos espirituales que despues: era que los trataba Dios entonces conforme á su edad, dándoles leche de niños para arrancarlos y destetarlos del mundo, y hacer que le aborreciesen y les diesen en rostro sus cosas; pero despues pueden comer pan con corteza, y así dáles Dios manjar de grandes. Para estos y otros semejantes fines suele el Señor dar los consuelos y gustos espirituales; y así nos aconsejan comunmente los Santos que en el tiempo de la consolacion nos apercebamos para el de la tentacion, como en tiempo de paz se preparan y aperciben para la guerra, porque suelen las consolaciones ser vispera de las tentaciones y tribulaciones.

De manera, que los gustos espirituales son muy buenos y de mucho provecho, si sabemos usar bien de ellos; y así, cuando el Señor los diere, se han de recibir con haciimiento de gracias; pero si uno parase en estas consolaciones, y las desease para solo su contentamiento, por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, eso ya seria vicio y amor propio desordenado. Así como en las cosas necesarias para la vida, como el comer, beber, dormir y las demas, si el hombre tuviese por fin de estas acciones el deleite, seria culpa: así si en la oracion tuviese uno por fin esos gustos y consolaciones, seria vicio de gula espiritual. No se han de desear, ni tomar estas cosas por nuestro gusto y contentamiento, sino co-

mo medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho. Así como el enfermo que aborrece el manjar de que tiene necesidad, se huelga de hallar algun sabor en él, no por el sabor, sino porque le despier-ta el apetito para poder comer y conservar la vida, así el siervo de Dios no ha de querer el consuelo espiritual para parar en él, sino porque con este refresco del cielo se anima y alienta su ánima á trabajar en el camino de la virtud y á tener firmeza en él. De esta manera no se desean deleites por deleites, sino por la mayor gloria de Dios y en cuanto redundan en mayor honra y gloria suya.

Pero digo mas, que aunque desee uno estas consolaciones espirituales de esta manera y para los fines dichos, que son santos y buenos, puede con todo eso haber esceso en los tales deseos y mezcla de amor propio desordenado; como si las desea desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, de tal manera que, si le faltan, no queda tan contento, ni tan conforme con la voluntad de Dios, sino antes queda inquieto, querrelloso y con pena. Esa es aficion y codicia espiritual desordenada, porque no ha de estar uno asido con tanto ahinco y desorden á los gustos y consolaciones espirituales, que le impida eso la paz y sosiego de su alma y la conformidad con la voluntad de Dios, si él no fuere servido de dárselas; porque mejor es la voluntad de Dios que todo eso, y mas importa que se conforme y contente con lo que Dios quiere.

Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales, entiendo tambien del don de oracion y entrada que deseamos tener en ella, y de la paz y sosiego y quietud interior de nuestra alma, y de las demas ventajas espirituales; porque en el deseo de todas estas cosas puede tambien haber aficion y codicia desordenada, cuando se de-

sean con tanto ahinco y congoja, que si no alcanza uno lo que desea, anda querrelloso y descontento, y no conforme con la voluntad de Dios. Y así, por gustos y consolaciones espirituales ahora entendemos, no solo la devocion y los gustos y consuelos sensibles, sino tambien la misma sustancia y don de oracion y el entrar y estar en ella con aquella quietud y sosiego que querriamos; antes, de esto trataremos ahora principalmente, mostrando cómo nos habemos de conformar en esto con la voluntad de Dios y no andar con demasiada codicia y congoja en ello; porque esotro de los gustos y consolaciones y devociones sensibles fácilmente lo renunciaria cualquiera, si le diesen lo sustancial de la oracion y sintiese en sí el fruto de ella, porque todos entienden que no está la oracion en esos gustos, ni en esas devociones y ternuras, y así para esto poca virtud es menester. Pero esto de ir uno á la oracion, y estar allí hecho una piedra con una sequedad tan grande que no parece hay entrada para ella, sino que se le ha cerrado y escondido Dios, y que ha venido ya sobre él aquella maldicion con que amenaza Dios á su pueblo: "Daré á vosotros el cielo arriba como hierro, y la tierra como de bronce (1);" para esto es menester mas virtud y mas fortaleza. Pareceles á estos que el cielo se les ha hecho de hierro y la tierra de metal; porque no llueve sobre ellos gota de agua que les ablande el corazon y les dé fruto con que se mantengan, sino una esterilidad y sequedad continua. Y aun no solo tienen sequedad, sino algunas veces una tan grande distraccion y variedad de pensamientos, y algunas veces tan malos y tan feos, que no parece que van allí sino á ser tentados y molestados con todo género de tentaciones. Pues

(1) Daboque vobis coelum desuper sicut ferrum, et terram aeneam. Lev. XXVI, 19; et Deuter. XXVIII, 23.

decidles que piensen entonces en la muerte ó en Cristo crucificado, que suele ser muy buen remedio. Dirán: «eso ya yo me lo sé; si yo pudiese eso, ¿qué me faltaba?» Algunas veces está uno tal en la oracion que aun no puede pensar en eso, ó aunque piense en ello y lo procure traer á la memoria no le mueve, ni le recoge esto nada, ni hace impresion ninguna en él. Esto es lo que aquí llamamos desconsuelos, sequedades y desamparo espiritual; y en esto es menester que nos conformemos tambien con la voluntad de Dios.

Este es un punto de mucha importancia, porque es una de las mas comunes quejas y de los mayores contrastes que tienen los que tratan de oracion, porque todos gimen y lloran cuando se hallan de esta manera. Como oyen por una parte decir tantos bienes y alabanzas de la oracion, y que al paso que ella anda, anda uno todo el dia y toda la vida, y oyen decir que este es uno de los principales medios que tenemos así para el aprovechamiento propio como para el de los prójimos, y por otra parte se ven á su parecer tan lejos de la oracion, dáles esto mucha pena y pareceles que les ha desamparado Dios y se ha olvidado de ellos; viéneles temor si han perdido ya su amistad y están en desgracia suya, pues les parece que no hallan acogida en él; y acreciéntaseles á estos la tentacion, viendo que otras personas en pocos dias crecen tanto en oracion casi sin trabajo, y ellos trabajando y rebentando no alcanzan nada; de lo cual les nacen otras tentaciones peores, como es quejarse algunas veces de nuestro Señor, porque los trata de aquella manera, y querer dejar el ejercicio de la oracion, pareciéndoles que no es para ellos, pues tan mal les va en él; y aumentales todo esto, y dales mucha pena, cuando el demonio les trae á la memoria que ellos son la causa de todo aquello y que por su culpa los trata

Dios asi. Con esto viven algunos muy desconsolados, y salen de la oracion como de un tormento, tristes y melancólicos é insufribles para sí y para los que los tratan; y asi iremos respondiendo y satisfaciendo á esta tentacion y queja con la gracia del Señor.

CAPITULO XXV.

En que se satisface á la queja de los que sienten sequedades y desconuelos en la oracion.

Cuanto á lo primero no digo yo que no se huelgue uno cuando Dios le visita; que claro está que no se puede dejar de sentir gozo con la presencia del amado. Ni digo que no sienta su ausencia cuando le castiga con sequedades y tentaciones, que bien veo que no se puede dejar de sentir eso. Cristo nuestro Redentor sintió el desamparo de su Padre Eterno, cuando estando en la cruz dijo: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? (1)." Pero lo que se desea es que nos sepamos aprovechar de este trabajo y de esta prueba con que suele el Señor probar muchas veces á sus escogidos, y que acudamos con fortaleza de espíritu conformándonos con la voluntad de Dios, diciendo: "No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos quereis (2);" especialmente que la santidad y perfeccion no está en las consolaciones ni en tener alta y levantada oracion, ni se mide por ahí nuestro aprovechamiento y perfeccion, sino por el amor verdadero de Dios, el cual no consiste en esas cosas, sino en una union y conformidad entera con la voluntad de Dios, asi en lo amargo como en lo dulce, y asi en lo adverso como en lo próspero. Y asi,

(1) Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? *Matth.* XXVII, 46.  
(2) Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu. *Matth.* XXVI, 39.

igualmente habemos de tomar de la mano de Dios la cruz y el desamparo espiritual como el regalo y consuelo, dándole gracias asi por lo uno como por lo otro. «Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas tú; y si quieres que esté en luz, bendito seas tú; si me quieres consolar, bendito seas tú; y si me quieres atribular, bendito seas tú (1).» Asi nos lo aconseja el Apóstol San Pablo: "En todas las cosas que os vinieren dad gracias á Dios, porque esa es su voluntad (2)." Pues si esa es la voluntad de Dios, ¿qué mas tenemos que desear? «¡Oh! que la vida no es mas que para contentar á Dios: pues si él encamina mi vida por esta vereda oscura y escabrosa, no tengo que suspirar por otra ninguna clara y suave. Dios quiere que aquel vaya por camino que vea y guste, y yo por este desierto y sin consuelo; no trocaria mi esterilidad por su fecundidad.» Esto dicen los que han abierto los ojos á la verdad, y con esto se consuelan. Dice muy bien el P. maestro Avila: «¡Oh, si el Señor nos abriese los ojos, cómo veriamos mas claro que la luz del sol que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear, ni gozar, si de ellas se aparta la voluntad del Señor; y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si á ella se junta su voluntad, no sea de mucho valor. Mas vale, sin comparacion, estar en trabajos y desconuelos, y en sequedades y tentaciones, si él lo quiere asi, que cuantos gustos y consuelos y contemplaciones puede haber, si de ellos se aparta su voluntad (3).»

Pero dirá alguno: «si yo entendiese que era esa la voluntad del Señor y que él se agradaba y contentaba mas de eso, fácil-

(1) Thomas de Kempis.  
(2) In omnibus gratias agite. haec est enim voluntas Dei in Christo Jesu in omnibus vobis. *I. ad Thes.* V, 18.  
(3) P. M. Avila, *Audi filia*, c. 26.

mente me conformaria y estaria muy contento, aunque pasase toda la vida de esa manera, porque bien veo que no hay mas que desear sino agradar y contentar á Dios, ni la vida es para otra cosa: empero pareceme á mí que Dios bien querria que yo tuviese mejor oracion y mas recogimiento y atencion, si yo me dispusiese para ello; y lo que á mí me dá pena es creer que por mi culpa y tibieza, y por no hacer lo que es de mi parte, estoy allí distraido y seco sin poder entrar en oracion; que si yo entendiese y estuviese satisfecho que hacia todo lo que era de mi parte, y que allí no habia culpa mia, no tendria pena ninguna.» Muy bien dada está la querella; no hay mas que decir, porque en esto se vienen á resumir todas las razones de los que tienen semejantes quejas; y asi, si satisfacemos bien á esto, haremos grande hacienda, por ser tan comun esta queja; porque no hay ninguno, por santo y perfecto que sea, que no sienta algunas temporadas estas sequedades y desamparos espirituales.

Del bienaventurado San Francisco lo leemos, y de Santa Catalina, con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios. Y San Antonio Abad, con tener tan alta oracion que las noches le parecian un soplo y se quejaba de el sol porque madrugaba tanto, con todo eso, algunas veces era tan fatigado y acosado de pensamientos malos é importunos, que clamaba y daba voces á Dios: «Señor, que querria ser bueno, y mis pensamientos no me dejan.» Y asi S. Bernardo se quejaba de lo mismo, y decia: «Oh, Señor, que se ha secado mi corazon y apretado y cuajado como leche y está como tierra sin agua, que no me puedo compungir, ni mover á lágrimas; tanta es la dureza de mi corazon. No me hallo bien en el coro; no gusto de la leccion espiritual, no me agrada la meditacion. ¡Oh, Señor, que no hallo en la oracion lo que solia! ¿Dónde

está aquel embriagarse el ánima de vuestro amor? ¿Dónde está aquella serenidad y aquella paz y gozo en el Espíritu Santo (1)?» De manera, que para todos es menester esta doctrina, y confio en el Señor que satisfaremos á todos.

Pues comencemos por aqui: yo os concedo que vuestra culpa es la causa de vuestra distraccion y sequedad y de no poder entrar en la oracion; y asi, es bien que lo entendais y digais vos, que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes, os quiere el Señor castigar en no daros entrada para él en la oracion, y en que no podais tener recogimiento, ni quietud ni atencion en ella; porque no lo merecis, sino antes lo desmerecis. Empero de ahí no se sigue que hayais de tener queja, sino antes una conformidad muy grande con la voluntad de Dios en eso. ¿Quereislo ver claramente? Por vuestra misma boca y por vuestro mismo dicho os quiero juzgar (2). ¿Vos no conoceis y decís que por vuestros pecados pasados y por vuestras culpas y descuidos presentes merecis gran castigo de Dios? «Si por cierto, el infierno he merecido muchas veces, y así ningun castigo será grande para mí, sino todo será misericordia y regalo en comparacion de lo que yo merezco, y el quererme Dios enviar algun castigo en esta vida, lo tomaré yo por particular beneficio porque lo tendré como por prenda de que Dios me ha perdonado mis pecados, y de que no me quiere castigar en la otra vida, pues me castiga en esta.» Basta, no es menester mas, yo me contento con eso. Pero no sea todo palabras, vengamos á las obras. Este

(1) Exaruit cor meum, coagulatum est sicut lac, factum est sicut terra sine aqua, nec compungi ad lacrymas queo, tanta est duritia cordis; non sapit psalmus, non legere libet, non oratio defecit, meditationes solitas non invenio. Ubi illa inebriatio spiritus? Ubi mentis serenitas? et pax, et gaudium in Spiritu Sancto? *Bernard.*, *serm.* 34 *super Cant.*  
(2) De ore tuo te judico. *Luc.* XIX, 22.

es el castigo que quiere Dios que padezcáis ahora por vuestros pecados; esos descon-suelos, esas distracciones y sequedades, ese desamparo espiritual, ese hacérseos el cielo de bronce y la tierra de metal, y cerrárseos y escondérseos Dios, y que no hal-leis entrada en la oracion: con eso quiere Dios castigaros ahora y purgar vuestras culpas. ¿No os parece que vuestros pecados pasados y vuestros descuidos y negligencias presentes merecen bien este castigo? «Si por cierto, y ahora digo que es muy pequeño para lo que yo merezco, y que está muy lleno de justicia y de misericordia: de jus-ticia, porque pues yo he cerrado tantas ve-ces á Dios la puerta de mi corazon, y me hacia sordo cuando él me daba aldabadas con sus santas inspiraciones y las he resis-tido muchas veces, justo es que ahora, aun-que yo llame, él se haga sordo y no me responda, ni me quiera abrir la puerta, sino que me dé con ella en los ojos: justisi-mo castigo es, pero muy pequeño para mí; y asi es muy lleno de misericordia, porque mucho mayor le merecia yo.» Pues confor-maos con la voluntad de Dios en ese casti-go, y recibidle con hacimiento de gracias, pues os castiga con tanta misericordia y no segun vos lo mereciades. ¿Vos no decís que mereciades el infierno? ¿Pues cómo os atre-veis á pedir á Dios consuelos y regalos en la oracion, y tener entrada y familiaridad con Dios en ella, y aun paz y quietud y so-siego de hijos muy queridos y regalados? ¿Y cómo os atreveis á formar queja de lo contrario? ¿No veis que es ese grande atre-vimiento y gran soberbia? Contentaos con que os tiene Dios en su casa y os consien-te estar en su presencia, y estimad y reco-noced eso por grande merced y beneficio. Si hubiese humildad en el corazon, no ten-dríamos boca para quejarnos de cualquier manera que nos tratase el Señor, y así fá-cilmente cesaria esta tentacion.

CAPITULO XXVI.

Cómo convertiremos la sequedad y descon-suelos en muy buena y provechosa oracion.

No solamente debe cesar en nosotros esta queja, sino habemos de procurar sacar provecho de las sequedades y descon-suelos y hacer de ello muy buena oracion, y para esto ayudará lo primero lo que deciamos tratando de la oracion (1). Cuando nos sintiéremos de esta manera, decir: «Señor, en cuanto es culpa mia, á mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo; pero en cuanto es voluntad vuestra, y pena y castigo justamente merecido por mis pe-cados, yo lo acepto, Señor, de muy buena voluntad, y no solo ahora ó por breve tiem-po, sino por todos los dias de mi vida, aun-que hubiesen de ser muchos, me ofrezco á esta cruz y estoy muy dispuesto para lle-varla y con hacimiento de gracias.» Esta pa-ciencia y humildad, esta resignacion y con-formidad con la voluntad de Dios en este trabajo, agrada mas á Dios que las quejas y congojas demasiadas, porque no hallo entrada en la oracion, ó porque estoy alli con tantos pensamientos y tanta distrac-cion. Sino, decidme, ¿quién os parece que agrada mas á sus padres, el hijo que se contenta con cualquier cosa que le dan, ó el que nunca se contenta con nada, sino siempre anda rezongando y quejándose, pa-reciéndole poco todo lo que le dan, y que le habian de dar mas y mejor? Claro está que el primero; pues asi es tambien Dios. El hijo sufrido y callado que se contenta y conforma con la voluntad de su Padre ce-lestial en cualquier cosa que le envia, aun-que sea áspera y adversa, y aunque sea un hueso duro y mondo, ese contenta y agra-da mas á Dios que el mal contentadizo y que siempre anda quejoso y rezongando, porque no tiene y porque no le dan á él.

(1) Trat. 5, c. 19.

Mas: decidme: ¿cuál hace mejor y cuál mo-verá mas á que le den limosna y tengan compasion y misericordia de él, el pobre que se queja porque no le responden pres-to y porque no le dan, ó el pobre que está perseverando á la puerta del rico con pa-ciencia y silencio y sin queja ninguna, sino que habiendo llamado á la puerta y sabien-do que le han oido está esperando al frio y al agua, sin tornar á llamar y sin saberse quejar, y sabe el señor que está esperando con aquella humildad y paciencia? Claro está que eso mueve mucho, y esotro pobre soberbio antes enfada y mueve á indigna-cion. Pues asi es tambien con Dios.

Y para que se vea mas el valor y fruto de esta oracion, y cuánto agrada á Dios, pregunto yo: ¿qué mejor oracion y qué me-jor fruto puede uno sacar de ella, que sacar mucha paciencia en los trabajos y mucha conformidad con la voluntad de Dios y mu-cho amor suyo? ¿A qué vamos á la oracion sino á esto? Pues cuando el Señor os envia sequedades y tentaciones en ella, confor-maos con su voluntad en ese trabajo y des-amparo espiritual, y hareis uno de los ma-yores actos de paciencia y amor de Dios de cuantos podeis hacer. Dicen, y muy bien, que el amor se muestra en el sufrir y pade-cer trabajos por el amado, y que cuanto mayores son los trabajos, tanto mas se muestra el amor. Pues estos son de los ma-yores trabajos y de las mayores cruces y mortificaciones de los siervos de Dios y los que mas sienten los hombres espirituales; que esotros corporales que tocan á la hacie-nda, salud y bienes temporales, no tienen que ver en comparacion de estos. Y asi, venir uno á estar muy conforme con la voluntad de Dios en estos trabajos, imitando á Cris-to nuestro Redentor en aquel desamparo espiritual que tuvo en la cruz, y aceptar esa cruz espiritual por toda la vida, si el Señor fuere servido dársela, por solo dar

contento á Dios, es grande acto de pacien-cia y de amor de Dios, y muy alta y muy provechosa oracion, y cosa de grande per-feccion; ésto tanto, que algunos llaman á estos excelentes mártires (1).

Mas pregunto yo: ¿á qué vais á la ora-cion sino á sacar humildad y conocimiento propio? ¿Cuántas veces habeis pedido á Dios que os de á entender quién sois? Pues Dios ha oido vuestra oracion, y os lo quiere dar á entender de esa manera. Algunos tienen librado el conocerse en un gran sentimiento de sus pecados y en derramar muchas lá-grimas por ellos, y engañanse, porque ese es Dios, no vos. El ser como piedra, ese sois vos; y si Dios no hiere la piedra, no saldrá agua ni miel. En eso está el conocer-os, principio de mil bienes, y de eso teneis las manos llenas, cuando estais de esa ma-nera; y si eso sacais de la oracion, habreis sacado muy gran fruto de ella.

CAPITULO XXVII.

De otras razones que hay para consolarnos y confor-marnos con la voluntad de Dios en las sequedades y descon-suelos de la oracion.

Aunque es bien que nosotros pensemos que este trabajo nos viene por nuestras culpas, para que asi andemos siempre mas confundidos y humillados; pero tambien es menester que entendamos que no todas ve-ces es esto castigo de nuestras culpas, sino disposicion y providencia altísima del Se-ñor, que reparte sus dones como él es ser-vido, y no conviene que todo el cuerpo sea ojos, ni pies, ni manos, ni cabeza, sino que haya miembros diferentes en su Iglesia; y asi no conviene que se dé á todos aquella oracion especialísima y aventajada de que dijimos (2) cuando tratamos de la ora-

(1) Ludov. Blos. *Spec. spirit. cap. 6.*

(2) Trat. 5, c. 4 y 5.